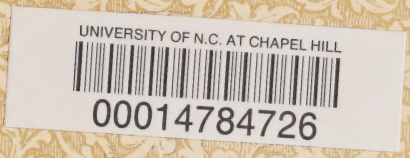
The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation



This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

REFLEXIONES

LB775
.C4
1929

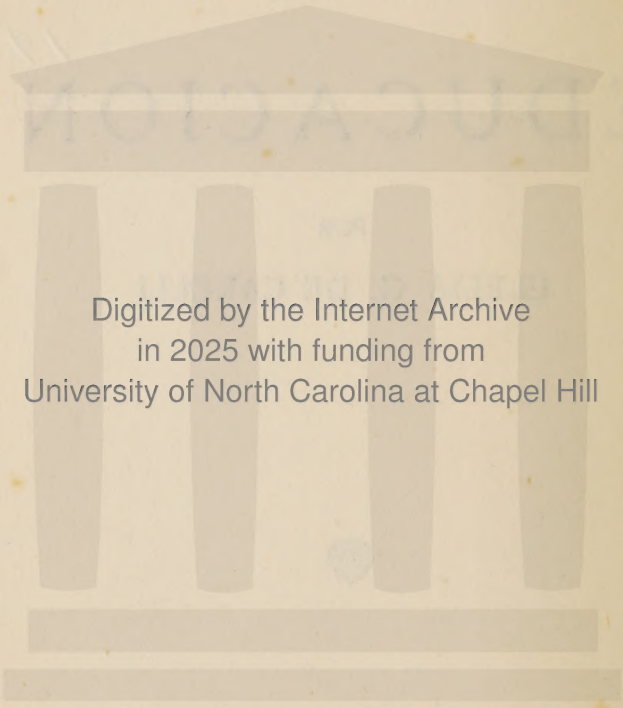
SOBRE

EDUCACION

POR

CLELIA G. DE CARELLI

BUENOS AIRES
TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS L. J. ROSSO, SARMIENTO 779
1929



Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/reflexionessobre00care

PROLOGO

Si deseais criticar, pensad que escribo, sólo para aumentar en todos, el deseo del bienestar de todos.

Quiero a mis semejantes.

Los deseo felices.

CLELIA G. DE CARELLI

389792

AMBIENTE

En todo momento de la vida de las sociedades, la preocupación del presente, acaricia y avalora los afanes del ayer, y sostiene los del mañana.

En todo momento presente, se vive el futuro en nosotros y en nuestros hijos.

Sólo cuidando mucho al tiempo, es, que nuestra vejez y nuestros hijos, no encontrarán salvaje la tierra, áspera, inculta, difícil, llena de yerbas malas, que son las que, descuidadas, crecen más fácilmente.

Es necesario vivir al presente, no desperdiciando ninguna expansión mereci-

da y estimable, sin olvidar, que vivimos en el presente el pasado y el futuro; que el tiempo, es en todos los momentos, pasado, presente y porvenir. Se une por la función del pasado, el presente a lo futuro; el pasado es la enseñanza y la vida del futuro y sólo es el presente la percepción de ambos. El presente es matemáticamente considerado, cero: ya llegando, es aún futuro, apenas llegado es ya pasado.

Es en estos sucesivos momentos presentes, que se desarrolla nuestra vida; momentos cuyos valores dependen, de la vida que hemos vivido, de la que presentimos vivir y de la capacidad herencia, que cada uno de nosotros trae al nacer, y que nos hace percibir y gustar de tan distinto modo, a unos y a otros, los mismos ambientes.

Los ambientes exteriores, que cada ser tiene en cada momento de vida, van cambiando en cada momento, el valor de la herencia de cada ser, deteniendo o favoreciendo sus predisposiciones, tanto en lo que al físico como al alma se refiere. Este ambiente exterior, siendo el mismo para los seres que están en él, resulta siempre distinto para cada uno de los mismos seres, porque el ambiente de cada ser, es el que su capacidad herencia, modificada a cada instante por ambientes pasados, vive, junto con elementos del ambiente exterior presente, elementos que elige y combina, según esa misma capacidad, herencia y ambientes anteriores.

Percibido, sentido, interpretado de muy distinto modo cada ambiente en sus infinitas partes, cada ser va viviendo

sus distintos momentos de vida, con más o menos conciencia de esta vida, y no depende sino de esta "mayor o menor conciencia" que cada ser tenga de sus momentos de vida, que el ser viva más o menos bien.

Queriendo vivir más y con más comodidad, aprovechamos por lo general, demasiado aturdidamente, los momentos presentes, tal como se nos presentan, sin estudiarlos, sin mirarlos llegar, así desde lejos, valorando, aun de muy lejos, sus bellezas y fealdades, que ya cerca, muy cerca, no vemos, no ubicamos debidamente, dándoles la preferencia que requieren; aceptándolos así tan "a priori" los vivimos; cansados, llamamos a otros momentos, que pasan así sin sentirlos; ya vividos éstos, nuevamente aburridos, ¿qué hacer? ¿Vivir el

pasado? ¿Recorrer sus momentos? ¡No! ¡Tantos momentos confusos! Abochornados de nosotros mismo, de nuestra vida tan sin razón de ser, no queremos volver al pasado, ni hacemos nada para que el futuro sea distinto a lo que el pasado fué. Seguimos aturdidos sin ver lo que llega, aceptamos "a priori", tal como llega, esperando, ¿qué? Llenos de zozobras, miramos con temor la muerte; y si la sentimos día a día más, consideramos necesario aturdirnos: vengan los placeres, sean cuales fueren, que cual alcohol embriaguen nuestras almas. Vivir así, es vivir en negativa.

Vivir es construir, con la conciencia clara de lo que construimos. Vivir es construir, para nosotros mismos, un nuevo escalón cada día, y así, siempre con uno nuevo para ascender, ascendemos,

poniéndose a nosotros mismos, día a día, en situación mejor para vivir, para percibir y gozar las bellezas de la vida, que sabiéndolas valorar; son tantas.

Ascendiendo siempre, siempre más alto, siempre más libres de obstáculos, dentro y fuera de nosotros mismos, miramos el bello panorama de la vida, sus bellos cuadros, sus armónicos colores, sus infinitas perspectivas, que día a día más, estimulan nuestras actividades, sin aturdirnos, aun cuando la muerte se deje sentir, a la que nos entregamos tranquilos, si convencidos estamos de la razón grata de nuestra vida.

Si el estudio de nuestros momentos de vida, preocupase más nuestra vida, no

se explicaría tanta y tanta ambición de lujo, de riquezas materiales, que por lo general sólo sirven para complicarla y achicar nuestros motivos de vida; reducen nuestras sanas y legítimas expansiones, destrozan miserablemente nuestras mejores energías; desvían nuestras más naturales vocaciones.

El caos se produce: celos, persecuciones, con exteriorizaciones amables, derraman veneno por donde quiera que se sienta surgir una vida que admiran y que envidian.

Así se arrastran seres y seres, sin vivir sino matándose, porque estas persecuciones, estos venenos, no matan a los seres que con grandeza se deslizan, sin desear mal a nadie, juzgando con altura a los que no se sienten capaces de vivir bien, felices dentro de sí mismos,

con grandes almacenes de perdón, con grandes ideales de construcción.

Todo ser que ha alcanzado a sentir la vida y que reduce sus complejas exteriorizaciones a sencillo motivo de bondad: es grande.

Estos seres no se atacan ni se estorban, se agradan: son uno para otro bello sostén, que se facilitan recíprocamente el camino infinito de sus grandes ideales.

Los seres, infinitos en su esencia, son infinitos en su limitación; la distinta limitación los hace distintos: son cajas que suenan distintamente la vibración universal, más o menos armónicas, más o menos afinables.

Esta consideración infinita del ser, la penetración de que sus infinitos elementos combinan a cada instante de infinito modo con los infinitos ambientes exteriores que el ser tiene, distinto en cada instante, es la *causa y fin de toda educación.*

Todo lo que a educación se refiere, es ambiente.

El ser está solo; cierra sus ojos: piensa; su pensamiento, su pasado, sobre éste su futuro, son su ambiente. Abre los ojos, fija su atención en tal o cual cuadro, muerto o vivo, combina con sus recuerdos, conjetura: su presente, su pasado, su porvenir, son su ambiente.

Lee las frases de un libro, ese libro es su ambiente: se detiene aquí, allá, recuerda; relee esta frase, esta otra no le interesa.

Cada uno lee de distinto modo el mismo libro, cada uno vive él con distin-

ta intensidad. Éste lo arroja con desprecio, con aburrimiento, con odio; aquel lo aprieta con ternura, lo estrecha entre sus manos, lo venera: sus frases son elementos que se expanden en él, y él en ellas, respira, goza.

El ser escucha una clase, asiste a un bello panorama, a las impresiones de una pieza de vida común o teatral: absorbe del ambiente, según su herencia, y según las variaciones que ésta ha tenido en sus valores, dados los momentos pasados de ambiente o educación, que ese mismo ser ha tenido.

Todo, en asunto educación es ambiente; lo que explica la necesidad de cuidar tanto los momentos de vida de los niños, al parecer despreciables, dando lugar al tiempo a corregir, a enseñar, van combinando elementos bellos o funestos, sin

que asista a esa combinación, el penetrante examen del educador, en cuyas manos está la dirección del nuevo ser. Es aún chico; hay tiempo..., y *el tiempo no se atrasa* en sus momentos, para no grabar en las almas, las impresiones del ambiente, en que el educador, voluntaria o involuntariamente, deja vivir al educando.

Si es necesario, muchas veces, aceptar el ambiente tal cual se presenta, como debemos aceptarlo, al ver lo que vemos en las calles, en las reuniones, la crítica, siempre serena, siempre profunda del educador, debe acompañar a la impresión del ambiente, haciendo de este ambiente, en caso de ser malo, un motivo de realidad detestable, enseñando que la verdadera vida sólo está en el bien y en la justicia, en lo útil, en lo verdadero.

Cada ser es una semilla, los ambientes son su tierra.

Debemos tratar que la tierra no mar-

chite por su aridez a la semilla y que le dé todo lo que necesite para que se desarrolle dando los mejores frutos que puede dar.

Preparar a todo ser para que se dé en la mejor forma posible, es el verdadero fin de la educación.

Perfeccionando así cada ser, modificando a cada instante su herencia, deteniéndola en lo que al mal se encamina y expandiéndola en lo que al bien aspira, el ser se da siempre en mejores condiciones y son sus hijos siempre mejores y están en mejores condiciones de vivir bien.

Un hombre es por herencia alcoholista: consigue dominarse por la educación; vive fortaleciendo su carácter,

y el dique que opone a su herencia, es siempre más poderoso. Ese hombre se da. Esa semilla puesta en buen ambiente germina. El hijo tiene esa herencia, pero a este hijo le es más fácil luchar contra ella. No es posible privar a aquel hombre de la dicha de darse, pero es preciso enseñarle, hacerle sentir, sus valores positivos y negativos, para que equilibre a éstos con el esfuerzo de su perfección, siendo tanto mayor el motivo de su vida, cuanto mayor sea la lucha que deba sostener.

Si al nacer el ser, la herencia es negativa, relativamente considerada, porque esto de negativo y positivo, sólo podemos medirlo en cuanto molesta o no a los demás seres, la influencia

del ambiente será siempre decisiva para hacer valer los momentos de vida del idiota, aunque no su motivo de vida.

Si herencia vale un criminal, grandemente negativo, tendrá que tener la educación, en cada momento, un valor razonado tal, que por lo menos detenga el mal de la herencia, aunque ésta viva latente, y así, al darse el ser, ese elemento herencia pierda fuerzas.

En cuántos casos esto se consigue, y el ser consciente de su vicio, lo odia en él y en sus semejantes y odia el ocio y la mala compañía, a quienes tiene terror, pensando en la fuerza de su herencia.

Si al nacer, el ser vale bien, es un lindo chico, fuerte, sano, la educación aparentará hacer con ese ser prodigios. Joven aún, ese ser, transparente él, y transparente ante él el mundo, será de por sí capaz de quererlo todo, sintiendo en cada elemento extraño, un motivo bello de vida, del que sólo se aleja para elegir con acierto dentro de esos elementos extraños, que son él al mismo tiempo, aquellos que favorecen el desenvolvimiento de sus tendencias. Con todo, estos seres necesitan en sus primeros años, que el ambiente los cuide. Al arbolito más lindo lo tuerce el viento, lo quiebra el huracán: es preciso que un buen tutor lo sostenga.

El valor inicial de la herencia es enorme, en los valores de los momen-

tos de vida; sólo así se explica que los seres que casi juntos entran a la casa de Expósitos, teniendo el mismo ambiente, sean todos tan distintos; sólo así se explica, que bajo un mismo techo, los distintos hermanos sean tan diferentes.

Por otra parte, el valor de la educación es enorme y para alcanzar más, el beneficio de cada impresión que recibe el niño, desdoblemos el valor de la educación en sus valores sumandos, que son todos ambientes, y hagámoslo igual, a ambiente hogar, más ambiente escuela, más otros ambientes.

El niño, pasa de un buen ambiente hogar a un buen ambiente escuela, y de éste a otros ambientes, todos vigilados cuidadosamente: justo es que su herencia se perfeccione a cada instante y sus momentos de vida sean valiosos.

El niño nace más o menos sano. Su madre, cuidándose para la sociedad, viviendo no la vida, sino la sociedad, que tanto tiempo la embarga, entrega a su hijo a una nodriza, luego a una institutriz, a un pupilaje, para que lo eduquen. El niño necesita ser dirigido con severidad, no es posible besarlo despierto, para que respete lo suficiente. La sociedad reclama grandes hombres, fuertes, y es necesario que una mano severa, con dureza los levante. ¡La sociedad reclama a la madre! Mienten. La sociedad reclama que el hijo sea de la madre y que el sacrificio de su crianza sea de ella, mientras su salud se lo permita y que, la palanca segura, potente, colosal, con que ese ser alcance la vida, sea la severa ternura de una madre que siente en todo momento a su hijo. Este hijo todo lo podrá, y sus fuerzas serán el cariño a todo lo grande y noble que aquella en su bella y respetable amistad, ha dejado sentir en

ella, por su hijo. Ese ser querrá ser fuerte en cuerpo, en inteligencia, en corazón, para admirar a su madre con la gratitud más santa.

Si cada madre entregase su hijo hecho a la sociedad, acostumbrado a sentir y pesar el motivo de su vida, ¡qué grata sería a la sociedad, qué valor mayor tendrían su vida, sus sacrificios, y qué bella e incansable sentiría esa mujer su vida!

Acostumbrar en el ambiente hogar, a que cada día tenga un bello ocaso, un alegre y grato ocaso, es acostumbrar a cada ser, a morir serena y bellamente.

Besar tranquila a sus hijos, a su esposo, convencida, en el ocaso de cada día, de que ese ocaso puede ser el último de nuestra vida, es hacer del mañana un día siempre más lúcido, siempre más útil:

"Duerme, hijo de mi corazón. ¡Qué "bueno fuiste hoy! Qué pena que tal o "cual detalle, haya entristecido tu vida "y más aún, la mía. Trata de no repe- "tirlo mañana. Piensa que en todo mo- "mento la justicia asiste a tus actos. Sé "bueno, goza en ti mismo por ti mismo: "Tú eres el mundo, tú la dicha de tu "dicha. No te quejes de tu suerte. Tú "eres la suerte de tu suerte. Si hoy no "hiciste lo suficiente para cerrar feliz "tus ojitos sobre la almohada, mañana "harás, que tu sueño de mañana, sea más "merecido. Piensa, mi hijo querido: "¿Has hoy vivido lo suficiente la vida "que Dios te dió? Has hecho todo el "bien necesario para agradecer ese día "de vida? ¡Te quejas! ¿No sientes que

"tú tienes la culpa? ¿Y que no es quejándose que se arreglan las situaciones? "¿Estás enfermo? ¿No sientes el goce "con que el alma mitiga tu dolor con el "placer del bien vivido sólo en desearlo?

"¡Callas!

"¿Estás triste? ¿Por qué? ¿Dime, "querido? ¿Qué sientes? ¿No sientes tu "mayor amiga a tu lado. ¿No soy capaz "de recibir los secretos de tu joven almi-"ta, de escucharte, de aliviarte, de diri-"girte? ¿No tienes fe en mi protec-"ción?"

¿Qué hijo no se expande? ¿Qué esposo no ama? ¿Qué amor no se rinde?

¿Falla el ambiente hogar? Toca a la escuela hacer todo lo que él no hace. La maestra es la segunda madre. Por

más que se sacrifique, su sacrificio nunca pesará, en efecto, lo que los sacrificios de aquélla.

Si otros ambientes, calles, cines, amistades, impresionan al niño, no respetando su edad y su juicio débil ¡qué laboriosa y compleja la misión del maestro, para el que, como maestro, se presenta ante sus alumnos, con los grandes ideales de vivir sus momentos de vida, todos apreciables, todos valiosos, en la infinita cadena de momentos, que son la vida de cada ser. Este hombre maestro, que no siente sacrificios, que no se siente sino en sus educandos, es el hombre que vive más vidas, es el hombre que más vive la vida.

No así el que, por ignorancia de su difícil misión, que no siente, sólo estima su sueldo y escatima las horas de la-

bor, siempre quejoso de su penosa tarea. ¿Cómo puede valorar a los demás el que a sí mismo no se valora? ¿Cómo puede entender a los demás el que a sí mismo no se comprende, que tan poco se estima, que aspira valer por el traje que lleva, por el auto en que anda, por la casa en que vive? ¿Qué maestros a su vez tuvieron, que no le enseñaron a sentir de la vida, la verdadera vida?

Los sentimientos, son los más bellos castillos que pueden construirse; sus parques, sus arboledas, sus habitantes, son todos infinitos, dentro del finito parque que habitan. Cada dueño hace del suyo, un parque distinto, siempre con formas nuevas. Cada dueño se pasea por su parque, sintiendo en él, la vida de los infinitos que lo habitan, que son y no son de él, que viven tan libres

como él, su dueño, que gozan como él puede gozar. Cada dueño visita parques de amigos, y siente las bellezas que los pueblan, y sólo al sentirlas, ya son de su dominio; ya sólo, en su parque, es dueño de esas bellezas que sintió: que nadie puede quitarle, ni aminorarle acaso: infinitas en su esencia, están en el parque vecino, sentidas, están en su parque.

Poner ante la película de cada ser, impresiones todas bellas, es dar al infinito ser, el infinito de todo lo que no es él, que es él al mismo tiempo: es dar a cada ser un infinito lugar, con su finita existencia.

Cuántos Copérnicos, cuántos Galileos, habrán existido, no conocidos por la his-

toria, aunque sentidos en su ambiente, que dejaron en sus hijos los elementos notables de sus notables herencias, en los que el mismo Copérnico, el mismo Galileo, hallaron las fuerzas de sus glorias.

¡Qué poco se valora al infinito ser, cuando somos ante él, capaces de un mal ejemplo!

Cada hijo es una admirable lección de vida.

Cada alumno es un maestro para su maestro.

Es el maestro el ser preferido, porque asiste a la más perfecta de las escuelas, los infinitos que él dirige.

Un buen maestro no desperdicia ningún motivo de construcción, y querien-

do enseñar a construir, siente sus errores con más intensidad, desde que es mayor el tiempo que dedica al motivo de sus sentimientos. Siente su vida en la de sus alumnos; al sentir la de éstos por éstos, siente la de él. Por eso la vejez de los buenos maestros es siempre bella, llena de flores, de gratos recuerdos, de bondad.

¡Cuántos maestros se quejan de su misión y no la dejan, sólo porque están atados a ella, por el pan material, de cada día!

Este se queja de un mal programa, aquel de un grupo malo de alumnos.

Todo es malo fuera de ellos y resulta ser todo distinto de lo que debía ser, dentro de ellos mismos.

Todo es fácil para un alma sencilla, transparente, que presenta sus errores como una consecuencia legítima de su misma actividad. No se equivoca el que nada hace y todo es rechazable en él, porque el no hacer, es no vivir, es no ser.

Sintamos al maestro:

¿El maestro de historia enseña historia y para qué enseña historia?

¿Para recorrer fríamente las páginas de un libro, sin sentir las vidas que en

él viven, o para aprender de sus vidas los bellos motivos, las lecciones de existencia que las pasadas fueron y son?

¿El maestro enseña geografía y para qué se estudia geografía?

¿Para saber que existen ciudades llenas de hombres, de edificios, de paseos; montañas grandiosas, altos cerros, ríos que corren, selvas que asustan, razas distintas, límites infranqueables o para sentir en cada punto un infinito, tan infinito como el todo, que es tan parte como la parte, para enseñarnos que somos constructores universales y que somos y debemos ser capaces de construir, estemos donde estemos, en esta finita expresión mundo?

¿El maestro enseña botánica, para que el alumno sólo sepa el nombre de cada parte de estas parte de vida, o para sentir los valores de la construcción árbol, flor, fruto, igualmente funciones del tiempo en su motivo de vida? ¡Qué lecciones de bellos amores nos dan

las plantas, de justos respetos, de verdaderas estimaciones! Y así la mineralogía, cristalizando la belleza en la de un cristal.

Las escuelas que tiene la naturaleza, cuya existencia ni sienten la mayoría de los seres, a pesar de estar abiertas para todos, son las más estimables escuelas que puede tener cada ser. El maestro debe acostumbrar al alumno a sentirlas.

El maestro, enseña en general matemáticas, para que cumplan un programa, resuelvan ecuaciones, aplicando logaritmos y sobre una base insegura, confunde al alumno, con expresiones que no comprende, como se confunde el hombre ante la vida, cuando no está preparado para sentirla. El maestro de matemáticas se enorgullece en enseñar cosas tan difíciles, y ni él, en muchos ca-

sos, se ha dado cuenta, de que nada hay más fácil que las matemáticas, que nada hay más sencillo que ellas, que son siempre las mismas, las más fáciles de comprender, cuando se las puede comprender por aptitud y preparación.

Espíritu matemático tenemos todos, porque es el espíritu vida, es la belleza de lo puro, de lo justo, de lo infinito.

Los espíritus surgen y se descubren ante ella. Por lo general, tan mal dirigidos están los cursos de matemáticas, que los alumnos perdidos en ellos, nunca más que el mismo maestro, llegan a odiarla, como odia la vida el hombre que no la comprende, que no la penetra. La vida es pura matemáticas. Matemáticas es la moral. Matemáticamente el bueno es feliz, y el malo es desgraciado.

Nada más matemático que la Medicina, que es matemática, química y fisiológica, con funciones más valiosas

cuanto mayores son los valores sumandos químico fisiológicos, funciones simples de constantes que desconocemos.

La vida es la más bella ecuación, que debemos tratar de resolver lo más sencillamente; los seres son su más sentidas cifras, sus funciones más complejas a la par que más sencillas (1).

Sin extendernos más, en estas reflexiones: ¡Qué difícil es ser maestro!

Quisiera que se dictaran cursos en gran anfiteatro, con entrada libre, sin rigurosos programas. Las clases son a tal hora: asista el que quiera asistir;

---

(1) Uno es un coeficiente que multiplica, otro un exponente que eleva, el otro un divisor que parte.

escuche el que quiera escuchar. Una clase así, dictada por un maestro filósofo, valdría mucho más que un año de estudios al cabo del cual el alumno, sólo engañando y engañándose, ha llenado un programa y ha pasado de curso. Un solo año de dirección, de enseñanza así, libre y estimable, abriría infinitas fuentes de estudio; infinitos motivos de vida preocuparían al ser, haciéndolo feliz.

Entremos a las facultades: llenas están de criaturas que ni saben por qué asisten a ellas. Salen de sus puertas sin llegarlas a querer. ¿Volver? ¿Para qué? ¿Quién los ató a ellas con lazos de amor y estimación profunda?

El maestro, el profesor, el respeto. Para ser respetado, es necesario sostenerse lejos de sus alumnos.

Lejos deben permacer, los que vistos de cerca no son tales, no son maestros, no son estimables, y que, intereses mezquinos, los llevan a una cátedra, convencidos ellos mismos de sus mentiras y falsos valores; por eso se esconden y con aspecto grave, enseñan a sus discípulos, a quiénes no quieren, ni estiman, porque si los quisiesen y estimasen, no les mentirían.

Innumerables profesionales, salen de las facultades, no sólo sin la conciencia profesional requerida, sino sin la conciencia individual que debieran tener, como primer exigencia, al entrar en ellas.

Salen de las facultades sin sentirse sino en su título, por el que el vulgo tanto los respeta. ¡Cuántos y cuántos quemarían ese título, si pesasen tran-

quila y justamente sus verdaderos valores!

Se encierra en la cárcel al que roba pan para sus hijos, sin salud suficiente para ganarlo, o asistiendo a la ignorancia ciega de su misión: lo hace por sus hijos; y andan libres, llenos de mimos, de reverencia, aquellos que sólo por su vivacidad mayor, saben presentarse tan distintos, aprovechando todo momento para su beneficio particular, matando sin cesar todo lo que estorba su paso, que no pueden ver libre sino matando, y al fin, se matan ellos mismos, al matar. En fin; ellos también, tuvieron malos maestros: no es de ellos la culpa.

Si tanto profesional se detuviese a apreciar el valor de sus momentos de vida, que no sienten, creo que no tendrían coraje de seguir asistiendo a la falsedad a que asisten, envenenando sus bellos y puros motivos de vida, para llegar allá, donde más estimados por los que no ven la luz, se sienten indig-

nos, si ellos mismos se sienten. Poco vale sentirse grande ante los demás, si esa grandeza no nos asiste cuando a solas paseamos por nuestro ser, tan infinito como el mundo, tan mundo como él.

Si ante nuestras conciencias nos escondemos y ante ellas no somos capaces de valorarnos, de pensar para qué servimos, ¿para qué vivimos? ¿Somos capaces de ponernos frente a un grupo de seres para dirigirlos?

Qué bien harían unos cursos libres, dictados por maestros que no tuviesen otro sostenimiento que su mismo auditorio. Este sería escuchado una vez; aquél sostuvo la atención unas veces; este otro es aclamado; éste, siempre con más interés, siempre más querido, siente que lo sienten, que atrae, que lo atraen.

Temas para estas clases: cualquier motivo de vida, de verdad, de belleza de existencia: Educar. Hacer sentir a

cada uno los valores de su existencia; sus derechos, sus garantías, clases todas, al fin, de instrucción moral y cívica. Ser hombre con la bella dualidad, una en causa y en efecto, de hombre y mujer. Es bello ser hombre y es bello ser mujer. Hombre: es hombre y mujer. El, principio y fin. Ella, medio. Su misión: dar, construir.

Fuerte el varón en fuerzas, en causas, ella lo es en sentimiento, en gratitud. Volver al mundo lo que el mundo les dió, es su misión.

Cuide el hombre sus fuerzas, dedique a ellas sus mayores cuidados, ejercitándolas y economizándolas. ¡La humanidad sufre tanto este descuido de fuerzas, este derroche de fuerzas, esta desestimación de fuerzas!

Jóvenes, se sienten con derecho a darse, a darse matando y matándose. ¡Tan pocos son los que a tiempo valoran sus ricas energías o las ya escasas que tienen al nacer! ¡Fiestas, placeres embriagan sus mejores años, sembrando desdichas para su ocaso! Es necesario aprovechar la vida. Casarse es complicarla. Es tan linda así libre. Sólo allá, cuando sienten el peso de su falta de fuerzas, allá cuando, enfermos, sienten la necesidad de tener a alguien que los cuide, eligen una mujer, así como elegirían un sofá para descansar lo mejor posible, y se dan; y dan todo lo que ya por morir, enfermizo, les queda de las ricas energías que tuvieron, que malgastaron, que usaron matando y matándose.

Quieren luego con locura a sus hijos, y la presencia de ellos, sus dolores, los abisma, los entristece. ¡Qué loco fuí! ¡Casarme a esta edad! ¡Así tan incapaz, tan injustamente! ¿Qué derecho

me asistió para hacer nacer estos hijos?

Con todo, tuvo él la normalidad de sus sentimientos, junto con su educación anormal. No es de él la culpa. ¿Qué maestros tuvo que imprimieran en su conducta el reglamento severo e indulgente de sus actos? ¿Quién le hizo sentir que pisaba barro, que sin darse cuenta se enterraba en él, y que cuando quisiera salir, ya sería tarde?

¡Qué bellas son las mujeres, exclaman los jóvenes, considerándolas bellas, no, como medio, sino como fin!

La mujer es muy bella, sí, pero sólo como medio, no como fin.

El fin del hombre es darse, embelleciéndose, perfeccionándose.

La mujer es su medio.

Cuanto mejor es la tierra mejores frutos da la semilla.

Todo lo hace con ambos la Naturaleza.

Considerada por el hombre, la mujer como fin, la mujer es el fin del hombre; contra ella estrella el barco de su vida, bello escollo que sin piedad lo mata.

Anhelando hoy a ésta, mañana a aquélla, pasado a otra más, pierde sus mejores días de vida, sin vivir, sin construir, sin repararse, con ambiciones que alcanzadas, esfuman el placer concebido.

Considere el hombre a la mujer como medio, no como fin. Es ella el cristal a través del cual se orientará en el camino de su vida.

Si este cristal tiende a cubrirse de impureza, luche él suavemente, antes que ellos se estacionen en él; él mismo no podrá ver claramente, si el cristal pierde su transparencia.

Asista con cuidado a esta transparencia, no descuide el hombre este cristal; que descuidado, lo llevará a tropiezos siempre mayores.

Piense el hombre que sus hijos se alimentan directamente de ella, de su compañera. Nunca jamás es mala la mujer sana, como no lo es el hombre sano. Cuiden ambos su salud y piensen que sanos, es más fácil ser buenos.

¡El hombre y la mujer! ¡Qué difíciles de entender! ¡No! Es que no se muestran; por temores muchas veces sin razón de ser, se esconden, por eso parecen difíciles. ¡Es tan fácil que se rindan al bien, cuando el bien los ilumina!

Cuidemos el ambiente que es la parte y el todo en educación.

Las madres temen las llovizna que cae sobre sus hijos; miran con horror sus piececitos mojados, mudan sus medias y zapatos, calientan sus pies para evitarles un resfrío, siempre capaz de llegar a una tuberculosis y cuántos, cuántos, no por falta de cariño, sino por ceguedad de vida, no sienten que el mal ambiente, cual llovizna, penetrante, humedece el alma de sus hijos, la resfría, llevándolos tan a menudo a tuberculosis espirituales, más temibles que las físicas.

LA MUJER — LA MUJER Y EL HOGAR

Tema muchas veces tratado, repetidas veces oído, está poco, muy poco aprendido.

Perdonad si al desarrollarlo, peco, por momentos, de lirismo; es que creo, que por momentos, es necesario salirse de la realidad, para gozar las bellezas absolutas de una vida perfecta; para que, después de soñar, volviendo a la realidad, sepamos ocupar un sitio distinguido, noble, en la escala de los seres racionales: lo más cerca posible de la mujer celeste, perfecta; lo más lejos posible, de las míseras realidades de mujer.

¡Vamos a tratar de la mujer, y a ocuparnos de un tipo especial de mujeres: de ese ser que se siente feliz en ser mujer, que no reniega de su destino, que se siente grande en su pequeño caracol, que se siente fuerte en su debilidad física, y nos vamos a ocupar, del hogar de esa mujer.

¡Tan complejo y sublime el fin de la mujer sobre la tierra!

¡Es difícil, ser *mujer*, pero, serlo, es una dicha: dicha que no todas alcanzan!

Si esto no es fácil de interpretar; tampoco es difícil asistir a sus razones.

Si ante los labios de una mujer "mujer" llegase el oído del más declarado adversario de estas ideas; si el ondeaje de su voz, golpeara delicada y razonadamente su tímpano, despertando con suaves toques, los centros intelecto-sensitivos del oyente, no lo dudo, este no persistiría en su convicción; un soplo divino, orientaría sus pareceres a la aprobación de la inmensa dicha que ella encuentra en ser mujer!

¡Mujer!... No sé definir con precisión la palabra, pero, deslizándome con la introducción de sinónimos, así la considero de sensitiva, bellezas íntimas, cariños puros y placeres delicados, fuente inagotable de finos sentimientos. Sin posición social que detenga sus pa-

sos y saludos, sin otro ideal que el bien común, no la doblan la envidia, ni la cobardía, no la mueven mezquinas aspiraciones, no la descorazonan los golpes de la vida... aunque se corte... quebrantada por sacrificios superiores a sus fuerzas físicas.

Tranquila, serena y feliz, lleno su rostro de elegantes gestos, que traducen aun más grandes convicciones, lucha, y en la lucha encuentra su vida.

Se la ve mucho y súbitamente no se la ve. ¿Dónde está? ¿Qué se ha hecho? ¿Se han consumido sus energías. ¿La ha marchitado el mundo? ¿Pasó su juventud y con ella perdieron sus movimientos la importancia, el encanto y la gracia, que la hicieron lucir y admirar en sus veinte abriles? ¿Se eclipsó acaso su valor, con la pérdida de su material fortuna?

¡Oh! ¡no! ¡anda! anda consigo misma; anda en el mundo de su ser. Capaz de estar sola, de reconcentrarse en

sí misma, horas y días, al achicar el círculo de sus actuaciones lo agranda, gustando sin retraimiento, de los placeres y dolores que su sentimiento sintió, el goce supremo de recorrerlos.

¡Y vuelve a la vida! ¡y hoy más feliz que ayer!

La mujer es hija, es amiga, es esposa y madre.

Nace hija. A qué sacrificios tan caros asiste desde niña, aspirando de sus padres y hermanos, los néctares en que va empapando sus sentimientos!

Debe aceptar lo que recibe, conformarse con lo que al mundo trae, no

maldiciendo jamás su destino. ¡Qué distintos cuidados recibe en los distintos hogares!

¡Qué distintas orientaciones se marca a su vida! Con dolor inmenso debemos decir despacio ¡cuántos malos ejemplos y costumbres, se arraigan en su almita, pero, todas, todas, sienten del maternal cariño, los anhelos felices de vida: tibios rocíos que hermosean siempre su corazón!

Como amiga, siente de la sociedad sus males y sus bienes, sus recompensas y castigos. Su vasto horizonte le obliga a elegir puntos de vista, estudiados, discutidos y aprobados, para no perderse en los pantanos de la triste ignorancia o de la mísera maldad. Como hija, acepta a priori, como amiga elige, conforme a sus sentimientos, a su inteli-

gencia, y según sus propias energías irá... irá a dónde debe ir... ¡Jamás ha sido chico el mundo para los que nacen grandes, aunque por momentos, el ser vacile y se sienta encadenado por sus semejantes, por su destino!

Las enfermedades, empañan con frecuencia nuestra dicha, y, no dándonos cuenta de ellas, nos sentimos tristes y de todo renegamos; aquí sí, necesitamos un alma sana y amiga, que nos ayude a pasar el mal momento y nos lleve la luz que nos falta, dando a nuestra vida, el encanto del color que no percibíamos! Y esa alma, es siempre posible encontrarla, si no con su físico, sola y vívida en las letras de un bello y sano libro, que puede acompañarnos y dirigirnos muchas veces, más, que muchas amigas presentes.

Como esposa, siente la mujer la más coqueta amistad y el deseo infinito de ser siempre más grande, para ser día a

día más estimada, para conservar ese calor que templa los fríos de la vida, para poder compartir esas penas y alegrías, que sólo es factible compartir, en una inteligente y grande identificación.

La mujer es madre: Ya aquí siente de su sexo, las más inconcebibles emociones! Es preciso serlo, para estimarlas!

Cuán complejo es el fin de la mujer sobre la tierra. La mujer que su finalidad alcanza y su motivo de vida siente, no puede ser infeliz, ni puede desear no vivir.

Cuán pocas mujeres entre tantas figuras de mujer.

¿Cómo?

¿Son acaso mujeres, esos seres airados, que atraen temporariamente, volatilizando su fuente de dichas, con su edad y su hermosura o con solo acercarse a sentir sus mentidas delicias?

¿Son acasos mujeres, esas figuras incapaces de afrontar peligros, de sentirse hombres, si es necesario, para aliviar a una madre, a un esposo o sostener un hogar?

¿Son acasos mujeres, esos seres que brillan por el oro que llevan, que valen lo que sus ropas, a quienes estiman y cuidan más, que a su misma inteligencia y corazón?

¿Son acaso mujeres, las que de uno a otro salón pasan su vida, sin sentirse felices en ninguna parte, porque en ninguna han hecho nido sus sentimientos más delicados?

¡Contadas son, las que atraen, endulzan y gozan, el matizado concierto, con la tranquila soledad!

Pensemos las mujeres, que somos mujeres, y que debemos serlo.

Acariciemos sin cesar nuestra divina misión y no olvidemos nunca, jamás, que en todo y por todo "somos y debemos ser mujeres".

Pasando a la mujer de hogar:

Qué lindo es entrar a uno de esos hogares, donde la mano hábil de una mujercita de gusto, hace sonreír hasta las paredes. Donde todo vibra, donde cada variedad contribuye a la unidad fi-

nal, donde todo es bello, donde todo es vida, todo es amor.

El hogar y la mujer son fenómenos concomitantes de la sensibilidad, tan semejantes que, puede decirse que es bello el hogar, siempre que sea bella, la mujer que lo cultiva.

La mujer debe ser bella, para que sea bello el hogar.

Y ¿cuándo es bella una mujer? ¿Es acaso bella, cuando tiene lindos ojos, lindos labios, un cuello bien formado, aterciopelada y blanca piel?

¡No! Esta belleza física, termina en el altar. Es belleza que facilita el encontrar candidato para formar un hogar, pero no es belleza para una mujer de hogar.

La belleza física no se sostiene por sí, ni sostiene la estimación que es la

verdadera fuente del verdadero cariño; es otra la belleza a que nos referimos y es una belleza que con un poco de buena voluntad, todas podemos alcanzar. No sin razón se ha dicho, la suerte de la fea la linda la desea, y es que hay mujeres feas tan lindas, y lindas tan feas.

Hay ojos feos que saben mirar tan lindo, que son el cráter de un corazón siempre en erupción!

Los ojos de una mujer de hogar, aunque feos, son lindos, siempre que sepan mirar, que sepan reprochar el desorden, el desaseo; que gocen en admirar su nido limpio y bello, aunque sencillo.

Son ojos bellos, los que saben hablar; los que saben penetrar en el alma de los de la familia para interpretar si gozan o sufren; para responder a ese goce con infinita alegría, o para ofrecer sentimiento que calme ese dolor.

La mujer que más ha sufrido, más sabe gozar, y aquella que más lágri-

mas ha enjugado y que sus ojos más han llorado, es la mujer más bella, "es la mujer más mujer".

Felices los seres que cuando sufren, tienen a su lado una mujer que los comprenda y que los mime; que los anide en su alma; que con caricias, con besos, alivie su sufrir.

¡Recordad al esposo que cae enfermo entre los brazos de su esposa!...

¡Recordad al hijo cansado y sufrido, cayendo desesperado entre los brazos de su madre!...

Recordad al amante abatido y triste, llegando al lado de su prometida, que es su médico y su tranquilidad!

¡Recordad a la mujer desorientada, lanzándose en busca de su amiga fiel!

¡Qué hermosos cuadros!

Las lágrimas de esas mujeres se unen a las del ser dolorido y abrasan ambos corazones, que se funden en único e inmenso placer.

¡Qué bellas son esas mujeres!

¡Qué lindos ojos tienen aquella esposa, aquella madre, aquella prometida, aquella amiga!

¡Qué lindos labios los que brindan esos besos! ¡Qué lindos son sus brazos que con tanta dulzura anidan! ¡Y qué lindas sus manos que tan tiernamente estrechan!

No necesitan ser suaves las manos de una mujer, para ser bellas. La suavidad, es en ellas un delicado complemento, pero nunca, una belleza estimable por sí. Las manos más hábiles son las más lindas, aquellas que saben colocar, con gracia y encanto, las flo-

res en un florero, la ropa en un ropero, como preparar comidas, coser y pintar.

Aquí un cuadro, más allá un moño, por doquier flores, helechos que rían sin cesar, suave y alegremente.

Las manos bellas, no permiten, en la medida de lo posible, que adornen sus casas, artes adquiridas.

Perfeccionemos con un poco de buena voluntad y con la convicción requerida, nuestras manos. Seamos artistas sencillas, aunque grandes, por el sentimiento. Llenémoslo todo, con habilidades nuestras, que, brindadas con

mucho amor, con mucho amor los nuestros la reciben. Es así como una madre exclama orgullosa:

"¡Esta colcha la hizo mi hija!".

Es así como exclama a media voz: "Esta carpeta es obra de mi señora", el esposo que no permite que nada quede sin lucir, dado el valor que para él tienen esas obras.

La mujer más bella es la más artista, la que cultiva el arte más eterno, *el arte que busca lo bello unido a lo bueno, que no despierta sentimientos groseros.*

Desde el punto de vista del hogar, un sentimiento, una inclinación son bellos, en tanto que son útiles al des-

envolvimiento de la vida del mismo hogar. La mujer, para ser bella para el hogar, ha de preocuparse de desenvolver en ella los elementos de lo bello y de lo bueno, como ser: gracia, dulzura, suavidad, pulimento, orden, aseo, inteligibilidad, etc. etc., y para el desenvolvimiento de tales elementos, necesita tener sus horas de estudio, de soledad, de meditación.

En cuántos hogares el ama se levanta a las 11; de la cama al baño, de allí al "toilette", donde sentada en un cómodo sillón, oye dar las 12, la 1, sin haber hecho otra cosa que cuidar sus manos e informarse de la vida social. Con cuánta frecuencia, ésta la preocupa y embarga más que la vida de su hogar, que la vida de esa sociedad reducida, pero grande por

el mundo grande que en su intimidad se agita. A esas mismas señoras se las ve con frecuencia, harto aburridas, buscar la calle, el centro, los teatros, las amigas, para no dar a su mente tiempo para pensar y a su corazón para sentir. El marido, los hijos, no necesitan mayores cuidados. Estén alegres o tristes: coman bien o mal, respiren aire puro o impuro, reposen en lienzos blancos o grises; todo es igual; el asunto es salir a la calle, con un rico tapado, con zapatos a la moda y un sombrero a la derniére. "Necesito que fulanita aplauda mi elegancia, que menganita admire mis alhajas, que el mundo me crea feliz, aunque mi marido deplore haberse casado conmigo y mis hijos vean indiferentes a su madre, sin hallar en ella el dulce sostén de su vida.

¡Pobres mujeres! podemos decir despacito.

Es necesario, educar e instruir más a la mujer. Las luces intelectuales que en general recibe, no bastan para hacerla una mujer esposa y madre. En cuántos casos, esas luces, en vez de hacerla lo que precisamente debe ser, la hacen un ser raro, pedante, lleno de ambiciones anormales, lleno de adornos que traslucen su tan esfumable superioridad.

Se considera por lo general desgraciada a la mujer.

Qué pesimismo más terrible, por sus consecuencias, acompaña a los sollozos de una niña que nace ¡Mu-

jer! ¡Pobrecita! Los primeros besos que recibe son lastimosos. Tristes los primeros sorbos que mama. ¿Por qué? ¿Por qué la madre, al sentirse tal, del nuevo ser, no ríe gozosa, pensando la haré realmente una mujer; la enseñaré a gozar haciendo bien; la enseñaré a sentirse lira de la vida y a templar esa lira en todo lo bueno, lo bello, lo verdadero?

"Mi hija será una artista, capaz de modelar con su cincel la arcilla de su dicha. La enseñaré a amar mucho; que sea toda amor; formaré su carácter y le diré despacito, como para que sólo ella me entienda: La mujer que llega a serlo, por su carácter y encantos, es tan feliz como el más feliz de los hombres, si es que no es más feliz que el más feliz de ellos. Es débil, es cierto, pero su debilidad, todo lo alcanza.

Si así hablara, a sus hijas, cada madre, la mujer sería más feliz de lo que generalmente es.

No reprochamos a nadie, no haberlo hecho. Hay situaciones que ni dejan tiempo para pensar y siguiendo un vicio social, sin darse cuenta de ello, es que muchas madres se equivocan al plantear y enseñar a resolver a sus hijas, el problema de la vida.

Siendo la mujer dueña de una sensibilidad delicada y en sumo grado extensible, capaz de alcanzar el infinito en su sentir... se la considera desgraciada!

El medio, la educación, el pesimismo de su vida, matan el arte que trae consigo al nacer, arte que al ser debidamente dirigido, la hacen sonoro instrumento de delicadas voces, capaz de vibrar hasta las profundidades de su vida moral, al menor choque sentimental.

El programa de su vida es en general muy sencillo: comodidad y bienestar. No importa el ideal de ese bienestar, que frecuentemente es demasiado trivial y egoísta, el asunto es pasarlo bien, y así con esa ambición ciega por ideal, cuántos errores!... cuántos dolores van sembrando para el ocaso de su vida!

Es necesario buscar lo agradable, sí, pero lo agradable ha de inspirarse en lo bello y bueno. Lo agradable buscan todos los seres, hasta los más inferiores, en los que lo agradable y bello no se distingue.

Pero, el hombre, la mujer, deben unir lo agradable a lo bello y bueno, ya que con inteligencia saben distinguirlos.

Hoy vemos el mismo arte, intérprete de los sentimientos de la época, encaminar a vivir la belleza intelectual y sentimental, que prefiere a la física.

Una carita expresiva, una frente bajo la cual se sienta vivir grandes pensamientos; unos ojos a los que asome el alma, un gesto de carácter, de severidad profunda y suave, un cuerpo

sano, es la ambición de las ambiciones en el día.

El hombre quiere hoy formar su hogar, no con un ser inferior a él, a quien pueda con facilidad oprimir, dominar, sobre el que pueda hacer gala de su superioridad física y civil, a la que pueda, siempre que lo desee, hasta secuestrar. El hombre quiere tener a su lado, el mayor de sus amigos, un amigo capaz de interpretarlo intelectual y sentimentalmente, capaz de dar a sus hijos una educación completa, con su mismo ideal, trasmitido con mayor delicadeza. El hombre quiere, que se lo quiera por estimación y no lo estima la mujer que no lo comprende y no lo alcanza.

En las clases inferiores, es más fácil sentir hogares felices, emociones verdaderamente profundas, conciencias mudas de la armonía general, que constituye su sencilla vida. Pero, en las clases superiores, hay un déficit grande en lo que a la emoción se refiere. Cumplidas aquí las tres fases: física, moral e intelectual, ninguna emoción, parcial y superficial, nada de lo que no repercuta profundamente en los tres, puede percutir en el fondo mismo del ser y merecer el nombre de emoción bella.

No basta que esté ricamente vestida una mujer, ni que su casa esté lujosamente adornada. Si la mujer ha de ser luz de su hogar, para que pueda irradiar una buena, bella y verdadera luz, lo bueno, lo bello y lo verdadero, no han de ser un algo exterior a ella, sino florescencia de su mismo ser.

La vida es en general difícil, llena de dificultades, de zozobras y dolores; es necesario convencerse que a pesar de todo, es preciso vivir y vivir bien.

Es necesario buscar alegrías que son el gran alimento del alma, y el gran tónico de la salud, pero huyamos de las que al pasar, dejan gotas de veneno en nuestro ser. La alegría para ser tal, hasta en su recuerdo, necesita ser sana, altruísta, grande.

Removamos las memorias del alma y veamos qué alegrías, habiendo sido tales, en el momento que se sucedieron, siguen haciéndonos gozar, con el recuerdo de su historia.

Las más, casi todas, son las alegrías del hogar: las caricias paternas; los paseos, los juegos con los hermanos, con

las amigas íntimas, y allá, en el florecer de la vida, el hogar sonriente que un gran cariño formó.

La vida del hogar, es la vida de las vidas, y los placeres que nos brinda son tan grandes, potentes: capaces de llenarlo todo y de hacerlo olvidar todo en su sentir. Hasta los mismos dolores son placeres, para los seres que juntos los sufren, con grande amor y unido entendimiento. No es siempre el placer lo que más hace gozar; el dolor, es a veces un goce infinito, que alcanza al placer, como el placer alcanza al dolor, en los límites de lo sublime.

Tratemos, las mujeres, que, por temperamento y por destino, nos toca la dirección de un hogar, de hacer de él, un delicioso y atrayente rincón, lleno de bellezas y encantos.

La que habiendo llegado a él sin antes comprender lo difícil de su misión; la que se siente triste, cohibida, desesperada, ante el fracaso de su determinación no suficientemente pensada..., detenga su vida ante el bullicioso mundo y medite a solas. No enriede sus asuntos con el horrible afán de aparentar. Ocúltese, piense, medite!... A solas con sus sentimientos, lejos del mundo, frente a sus errores, a sus vicios y cualidades, la razón surgirá tranquila y convincente, enseñándole el camino que en el mañana ha de seguir.

¡Soy mujer! Pensad. Tanto se habla del poder de las mujeres, y que yo no consiga poseer lo que tanto ambiciono: los míos, mi hogar! Me siento sola. Sola y triste siento pasar las horas. Ni una amiga, alivia mi soledad. Fulanita me acompaña, si voy con ella a paseo, y no sin antes preguntarme con qué vestido iré. Menganita anda noviando y

me ha olvidado. ¡Ah!, mi amiga Neli, hoy tiene mejor programa y yo hoy no puedo salir, enferma y triste, triste y sola. ¡Qué horror! ¡Qué falsedad!

Cifraba en ellas, la distracción de mi vida, de ellas sobre toda otra cosa, me ocupé. Aquí, en este rincón de albores cálidos, siento un frío día a día más intenso. No hallo, en mi compañero, las sonrisas francas, ni la conversación particular de un amigo grande. Yo tuve la culpa, sin duda alguna, me faltó talento, para resolver la ecuación!

¡Cómo me equivoqué! ¡Le exigí cariños, mimos, cuidados y regalos que para él, jamás yo tuve!

Mis ambiciones locas a este desconcierto me han arrojado. ¿Qué hacer? Si la dicha he de sentirla en ser mujer, mujer he de ser, para merecer la vida que hoy, con el convencimiento que del mundo tengo, aspiro.

¡Ah, mujer! ¡La mujer que se siente tal, no pide jamás que se la quiera!

¡Nunca jamás!

Trata, sí, de merecer ese cariño que ella aspira, trata de valer lo que debe, para alcanzar lo que tanto anhela, pero jamás pide, que por caridad se la quiera.

Si la mujer comienza por querer no ser lo que es: "mujer", ¿cómo va a encaminar el timón de su vida, si la brújula anda mal?

Pobres mujeres las que reniegan con su destino.

Convencidas de que no todas las mujeres somos mujeres de hogar, y convencidas de que nuestro fin sobre la tierra

ha de ser, formar un hogar, dediquemos nuestra mayor atención y cuidados, a hacernos mujeres de hogar. Apartemos de nosotras las asperezas propias de una naturaleza inculta; cultivemos la gracia, el orden, el aseo, la sencillez coqueta de un alma bien nacida; admiremos lo bello, lo grande y bueno, uniendo a nuestra dulzura, una severidad estimable.

Se cree con frecuencia, que la mujer no debe ser severa. ¡Qué error! ¡Es tan linda la severidad, cuando la inspiran grandes ideales! La severidad, unida a la dulzura, es lo que sugestiona a las almas; ellas son fuente de un admirable respeto, colocan cada ser en su verdadero lugar.

¡Querramos mucho las mujeres!

Este es el secreto de nuestra felicidad. Tengamos una clara conciencia de lo que queremos. Estemos horas y horas solitas, que allí en esa alegre soledad, nacen del amor los encantos, la gracia, el valor, la virtud.

ESCUELAS PROFESIONALES

La educación de la masa debe dirigirse a hacer ver y sentir la verdad: que la verdad sea la religión de las costumbres.

Todo es fuerza en el Universo.

Según cómo se atraigan estas fuerzas, resultan los ambientes físicos requeridos por la existencia.

Todo es amor en la vida de los seres.

Según cómo estas fuerzas amor se atraigan, resultan distintos efectos, variadas las formas, distintos los hijos físicos.

Asistamos con arte a la función de estas atracciones, que descuidamos

tanto y que, por lo general, sólo en la vejez, nos detenemos a criticarlas, asustándonos de cómo ellas se han sucedido.

Si es dado al hombre, padre y madre, sentir, en su ocaso, el dolor irremediable de no haber vivido, respondiendo a atracciones más bellas, más naturales, más justas, más sanas, aceptemos, que nos es dado llegar a esta conclusión, el momento en que en ella pensemos, sin esperar a aquel, en que miramos y criticamos el pasado, sólo porque no nos es posible hacer otra cosa, y, sin esperar que este momento llegue, con fuerzas aún, pensemos en lo fácil que es voltear el castillo falso de falsos cimientos, para levantar con amor y con valor, el edificio sano, aireado, sólido y bello,

en que han de vivir nuestros queridos hijos.

Cuando miro al hombre y observo su sendero, su fin, y de sus movimientos el desequilibrio antiestético de sus fuerzas, pienso con cariño: ¡Qué fácil es sentir la verdad que ellos no sienten! ¡Y que no la sientan! ¡Y que mareados, sigan, sin escucharse ellos mismos y que asistan a lo falso, con una atracción sorprendente por los sacrificios estériles, para su felicidad y la de sus hijos, que esas falsas atracciones les exigen!

Tratando con profundo altruísmo asuntos educacionales, no tengamos

temor de pronunciar fuerte, aquello a cuyas razones asiste todo el que con sana intención, fija su mirada en el tema: — Nuestra educación quita valor al ser y ya que al ser que nace, nadie le da más que lo que la Naturaleza le dió y que si algo podemos darle, es sólo el amor, función de la estimación que merece, el amor de lo que es puro, de lo que es vida, detengamos unos instantes los ímpetus desordenados de nuestras pasiones y examinemos qué amor podemos darle, qué queremos, cómo queremos y después de sentir que queremos mal, convencidos de que la vida es bella si queremos bien, terminaremos no queriendo, lo que es sinónimo de no vivir, antes de no querer bien, de no vivir bien, reduciendo las fuerzas del ser que nace.

Observemos las atracciones de los hombres y de las mujeres: ¡En tan gran número viven sosteniendo su vida con falsas atracciones!

Busca el hombre desde que nace, la mujer de sus amores, y la mujer, el hombre de su vida. Sí, sin los temores que la falsa moral de nuestros días, nos hace resistir, hubiéramos de tratarnos, conociéndonos, profunda, sencillamente, para podernos atraer justamente, no llegaríamos tantos y tantos, a una edad adulta, aspirando querer siempre nuevos motivos de vida, aunque en nuestros amores destrocemos sin piedad los corazones que nacen salvajes, fuertes y puros, siempre bellos, que van así, perdiendo su vitalidad divina, para entregarse en

su ocaso, tímidos, exhaustos, confusos, delirantes.

¡Todos los seres quieren!: ¡Pena grande es que pocos quieran la verdad!

¡Todo ser necesita ser querido!: ¡Pena grande es que pocos asistan a llamados puros!

Quiere la madre con delirio a su hijo, cuando, con amor mal sentido, le enseña a vengar las ofensas de su prójimo.

Quiere el padre la grandeza de su hijo, cuando grosera o finamente le enseña a mentir, a ganar clasificaciones, luego dinero, haciendo uso de engaños, que interpreta como vivezas.

¿Por qué el hombre se ha embarcado en tan difíciles atracciones? Así vive, quejándose de la vida y de tanta pena!

Razonando, es fácil sentir del buen querer los bellos amores y de la vida los bellos días, aún aquellos en que sin fuerzas físicas, recorremos el pasado y lo vivimos lleno de encantos y de emociones bellas!

¡Todos los seres quieren! : Pena grande es que tan pocos quieran la verdad.

Si de la vida de cada ser se separasen diariamente, una a una, las preocupaciones inútiles que el ser se toma, por seguir tontamente los falsos y complicados móviles que dan existencia a actividades tan llenas de sacrificios estériles para nuestra verdadera vida, iríamos sintiendo siempre más, de las leyes de vida la verdad, los encantos y las fuerzas, que no son otras que las de la naturaleza, con sus caracteres de invariabilidad en el tiempo y en el espacio. Sentidas estas leyes, podríamos quemar tanto volumen lleno de divagaciones, cuyos autores hicieron difícil la ciencia, por no sentir la verdad: *Las leyes del Universo.*

Pensemos que es posible llegar a conclusiones simples, verdaderas, en el instante mismo en que en la verdad

querramos penetrar con sencillez, sintiéndonos tranquilamente, sintiéndonos en el Universo y sintiendo al Universo en nosotros mismos.

Queremos educar al niño: con tal fin, ponemos ladrillo sobre ladrillo en el castillo sin cimientos de su falsa educación; lo mareamos con estudios que llamamos profundos, severos, y alejamos de él, siempre más, la verdad, que siente siempre menos. Es el caso de los puntos; es, como si, dándonos un número infinito de puntos, se nos pide hacer con ellos una línea. De un punto sobre otro punto, no conseguimos sino un punto, por la falta de dimensiones de cada punto: en cambio, si dándonos un pedazo de línea, el más pequeño, se nos pide el número de puntos que caben en esta

línea, no nos es dado contar el número de puntos que en ella caben, son tantos como los que están contenidos en otra línea mucho mayor, tantos, como los que están contenidos en una línea infinita. Si el educador no está en la verdad, si el educador no tiene en sus manos la línea, nada podrá hacer, porque punto que ponga sobre punto, tendrá siempre un punto; en cambio, si tiene la línea, si ha podido elevarse a las Leyes de la Naturaleza, sintiéndolas en su carácter simple e invariable, habrá conseguido todo y podrá hacer que cada ser se eleve fácilmente, para sentir la simple belleza armónica, severa, invariable, de las Leyes Universales. En la línea que él tiene, está el número de puntos que busque, como están en el plano el número de líneas que desee encontrar; sin tener nunca el plano, agregando línea sobre línea. Vistas y sentidas las leyes naturales, podrá trazar en su plano edu-

cativo, miles de millones de líneas, darles miles de millones de formas, estará siempre en el plano, siempre en la verdad.

Si tengo en la mano un libro y lo dejo caer, cae perpendicularmente, respondiendo su velocidad a la masa que lleva, el peso que tiene, con una fuerza de dos kilos, si pesa dos kilos (aparte de la aceleración por la distancia). Si otra fuerza de valor de un kilo, le imprime un movimiento perpendicular a la dirección de la gravedad, el libro caerá según la resultante, en fuerza y dirección, según la diagonal de paralelógramo, en este caso rectángulo

Esta ley de la caída de los cuerpos, *rige a los cuerpos, aunque el cuerpo no tenga conciencia de ellas;* son leyes ma-

temáticas, que rigen las atracciones de las masas y que referidas a la tierra, llamamos fuerza de gravedad. Estas atracciones sostienen en el Universo cada cuerpo donde está; es el conjunto de iones, y es causa de los movimientos, de la vida de los cuerpos del Universo y como tales, de nosotros mismos.

Si escuchásemos las Leyes del Universo, si nos dejásemos atraer según somos, sin sostenernos con pesos falsos, la vida, resultante de justas atracciones, sería más justa, más feliz.

Las Leyes de la Moral, no siendo distintas de las Matemáticas, siendo tan matemáticas como la ley de la caída de los cuerpos, que se opera según una resultante única, exactamente definida por cálculos matemáticos, *aunque no escuchadas, aunque no interpretadas, lo mismo rigen* y como el cuerpo que no tiene conciencia de su caída, cae el hombre en la consecuencia de sus faltas,

por la resultante matemática de las fuerzas del Universo.

¿Dónde está la verdad que el educador debe mostrar?: *Con conciencia o sin conciencia de ellas, todos estamos regidos por las Leyes del Universo. Hay que escucharse, para escucharlas.*

Simplifique el hombre su vida y escuche las leyes naturales y su vocación. No sea abogado el que ha de ser maestro, ni sea maestro el que ha de ser albañil.

Todos los seres son fruto del arte para el arte.

Demos a cada uno un campo de arte para que siembren y florezcan sus sentimientos, vida de su vida: He aquí, la

verdad de la vida; la vida feliz de los seres; atracciones simples, armónicas.

Demasiado con soportar las herencias patológicas, falta que la incomprensión del ser joven por el adulto, desmaye sus esfuerzos, mate su vida, obligándolo a hacer todo, no según él sienta, sino según quieran sus tutores!

Atenta la vocación, en vez de cien médicos tendríamos uno, pero este uno, valdría por los cien; en vez de cien maestros, tendríamos uno, cuya fuerza sería superior a la de cien. La ley de las atracciones, es aquí bien evidente. No puede atraer la tierra, más pequeña, más fría,

más muerta, al sol, más grande, más cálido, más vivo; el sol atrae a la tierra, la tierra atrae a la luna y atrae a la pelota que se arroja al espacio o al alud que se desprende muerto de la cima de los nevados.

No puede ser maestro un ser frío, un ser sin masa, sin fuerzas propias para atraer, que necesita recurrir a reglamentos para ser respetado. Solamente obligado, contrariando su naturaleza, libre y vivaz, puede el niño someterse a escuchar lo que no siente, lo que no comprende, no por ser grande sino por ser chico lo que se le dice, porque la verdad es siempre fácil, siempre inteligible.

Cuánto maestros se presentan con caras agrias, para ser respetados, para no dar lugar a que el alumno pregunte, en las dudas de no saber contestar o ante la cobardía de no poder decir: esto no lo sé; vayamos juntos a la fuente, estudiemos. ¡Tantos maestros! No son

tantos los capaces, No se necesitan tantos maestros; *con uno que nos enseñe a sentirnos,* basta, *aquí está la verdad,* luego, los libros, la Naturaleza.

Yendo al tema: *La educación de la masa, debe dirigirse a hacer ver y sentir la verdad.*

Debe comenzarse por hacer asistir al niño al teatro universal, y después que ha entrado en él, después que lo ha visto y sentido, globalmente, sólo después, verá y abarcará debidamente los puntos que aquel tiene, y marchará seguro hacia ellos, sabiendo con precisión dónde están. Si, por el contrario, le hacemos ver un punto y otro punto y otro más y ve miles de millones de puntos; yendo a ellos sin haber antes visto el teatro universal, jamás llegará a formar un juicio exacto de lo que es, este teatro.

Quien, mirando con altruísmo santo el mañana de sus hijos, se ocupa en preparar para ellos un ambiente favorable, al desenvolvimiento natural y bello, de sus bellas energías, de sus recíprocas atracciones, no sólo favorece el mañana de sus hijos, sino el hoy de ellos mismos, porque saturada la masa joven de bellezas, en su pura expansión, ella hace súbitamente sentir la verdad de sus movimientos y es para sus mismos progenitores, una lección encantadora de grandeza y un motivo infinito de bienestar.

Los niños dan en seguida lo que reciben y en manos de ellos, la verdad es más sugestiva, el verdadero sentir es más atrayente.

Cuando escucho tantos relatos tristes de vidas de niños, que viven matando sus energías por responder a la educa-

ción ambiente, los soltaría al campo, libres de falsos tutores, para que observasen la vida de amores de los animales y de las plantas, muy superior a la vida que se vive en muchos palacios y correría adonde hay chicos y chicas, para hacerles sentir de su existencia, la belleza y de su pureza los valores. "No os dejéis quemar las alas del arte que todos traéis con la vida, que la vida sin arte es un martirio, no es vida! No os dejéis intoxicar, viviendo ambientes impuros, que estos ambientes envenenan, y a vosotros mismos os mata. ¡Chicos! ¡Chicas!: ¡sed buenos! — No os envidiéis! ¡Quereos los unos a los otros, que es el querer bien, la mayor riqueza que podemos conseguir ¡Trabajad, sembrad! Los años pasan, y es bello verse entre flores, cuando llena de canas la cabeza, ya no hay fuerzas para manejar el arado, mover la tierra y *sólo es dado recoger*".

El ambiente de nuestra vejez será perfumado, alegre, y el estímulo de labor que habremos arrojado a los que quedan, nos dará tranquilidad para cerrar felices los ojos.

La madre que es capaz de hacer sentir feliz a su hijo, con tener un pedazo de pan para comer y un gran corazón para sentir, ha cumplido su misión: ese hijo será feliz. "Trabaja, hijo mío, si quieres ser feliz, que ese pan que comas sea amasado con el sudor de tu frente! Sólo el movimiento es vida, pero no olvides que si caminas entre las vías del tren, viene el tren y te aplasta y te mata! El tren tiene su camino y tú tienes el tuyo. *Hay siempre grandes senderos para las almas grandes y almas grandes son todas las que llegan a sentirse,* porque toda alma es Dios, y Dios

es uno, y es siempre bello y es siempre verdadero. Piensa niño que lo que no es grande no es tuyo: recházalo. Piensa niño que lo que no es bueno, no eres tú: aléjalo. Piensa niño que lo que no es arte, no eres tú: sepáralo. Eres siempre grande, niño querido, si no te dejas aplastar, achicar por lo que no eres tú mismo, y tú mismo es sólo lo grande, lo bello, lo verdadero".

La educación de la masa está indebidamente dirigida. Es un hambre de lujos, de celos, de venganza; movimientos sin ritmo, sin frases, sin pureza. Y así envuelven a la juventud, achicando su grandeza, disminuyendo su salud.

La masa no debe permanecer inculta, debe ir a las escuelas a aprender lo que es necesario para la vida. Y ya que hoy los abuelos y los padres no tie-

nen tiempo para enseñar a sus hijos a trabajar, al son de cuentos morales y de sanos ejemplos, porque los amigos, los cines, los teatros, de mayor importancia que sus mismos hijos, les absorben el tiempo, mandemos los niños a la escuela, para que se instruyan y sientan en ella, el calor que el hogar no les da, e insistamos en que cada escuela sea la hoguera, donde ardan los corazones de gente antigua, diremos, por sus costumbres, gente que halle vida en la vida de los seres que dirigen y que cual abuelos, cual padres antiguos, asistan al desarrollo físico, intelectual y moral de los hijos de nuestra patria y de todas las patrias, una sola en su única razón.

La Escuela Profesional, la más bella de todas, la única a la que debía asistir el niño, la escuela donde el niño tra-

baja. Que el niño trabaje en un ambiente físico, moral e intelectual sano. Que la música, el juego y la sonrisa severo-benévola de maestros atrayentes, sean su santo estímulo: que corran, que salten, que jueguen.

Hay muchas mujeres capaces de dirigir estas escuelas. No tienen título, acaso, pero tienen un gran corazón, como el de aquellas buenas e incansables abuelas que se morían trabajando, dándose, siendo felices toda su vida y muriendo tranquilas. Todo les bastaba a ellas: si algo querían tener era para darlo y si hacían su reserva, era para que los demás, en ningún momento, sufriesen la falta de alimento o de calor. Esas mujeres no conocen el lujo, el lujo las ofende.

Hay que sanear la sociedad. Alejad el lujo de las cunas. La sociedad toda se sentirá pronto rica.

Tema el hombre su degeneración en carnívoro, y ame y ámese en sus hijos: única razón de su existencia social. Cuide el ambiente de su hogar, que si cada hombre mejora el suyo, el mejoramiento social es función directa y compuesta de estos mejoramientos.

No se gasten los padres, ni permitan a sus hijos, gastarse estérilmente en falsas excitaciones; no apuremos los sentimientos con ambientes inadecuados, con conversaciones y lecturas indebidas. Témplese el alma en el arte. Muéstresele al niño, los verdaderos valores de su vida: cada flor se viste de por sí, no vale por el florero que la sostiene.

Si queremos educar a los niños, escuchémoslos. Ellos nos dirán que necesitan aprender jugando, moviéndose, trabajando.

La *Escuela Profesional, debidamente llevada, regeneraría* en poco tiempo a la sociedad. ¿Su fin? *Hacer sentir a cada ser el motivo de su vida, dándole el ambiente requerido, para su justo y libre desarrollo: alejarlos de lo frío, de lo insano. Enviar los chicos a sus casas, para que sin que ellos mismos se den cuenta, den lo que les ha dado, y sean la perfección y la alegría, de cada hogar de la Patria entera.*

La Escuela donde el niño trabaja, es la escuela más linda, más llena de vida, más natural con su actividad.

REFLEXIONES SOBRE LA EDUCACION DE LOS NIÑOS

A las madres

Hablo a las madres, así como si estuviésemos todas juntas, solas, sin que nadies, sino madres, me escuchasen; así, como si todas sentidas, unidas en un mismo sentimiento, gozásemos en hablarnos como en secreto, comunicándonos nuestras íntimas impresiones, la más divinas emociones, las maternales.

Permítaseme detenerme unos momentos, para despertar a las madres que duermen despiertas, que viven como olvidadas de sus hijos, como

muertas en su belleza, y que, otro sentimiento, nunca superior al de madre, las lleva a perder sus horas, sin darse a sus hijos, con las fuerzas y el sacrificio sublime que ellos requieren; sin ganar, día a día, la tranquilidad siempre mayor, de la perfección de sus vidas en el arte, en el bien.

"¡Oh, mujer madre! ¡Despierta, divina mujer! ¡Qué profundo es tu dormir!

La ostentación, el falso lujo, la falsa riqueza, silenció tus cantos, desvirtuó tus valores. Sólo así se explica, que cambies la contemplación divina del sueño de tus hijos, la asistencia santa de su dormir tranquilo, por la asistencia a tertulias, nunca más interesantes que el cuidado del hijo, que dejas en manos nunca tan bellas como las tuyas.

¡Madre, despierta de tu confusión!

¿Quién más que tu hijo merece tus atenciones?

¿Quién, más que su valor, te da valor a ti?

¿Quién, más que su vida, te da a ti vida?

. . . . . .

Acaso el ansia de vida te hizo golpear por un corazón tiranizado, que quiso tu belleza material, queriéndote, sin quererte, en tu valor supremo de mujer madre, por las solas ansias de sus ansias pasajeras, para dejarte luego muriente, envuelta en el lodo mortífero de sus egoístas expansiones, de sus olvidos, de sus injurias. Tu valor es siempre supremo: ¡Eres madre!

¡Despierta! ¡Siéntete! ¡Escúchate!

¡Tienes tus hijos! ¡Eres la más rica de las mujeres, si un solo hijo, te da la gloria de sentirte madre!

Ven: internémonos en nosotras mismas: el mar en que bogan nuestras alegrías verdaderas, nuestras más bellas sonrisas, nuestras más profundas aspiraciones, es el senti-

miento madre, en su completa fusión con los amores al hijo y del hijo.

¡Venid! Mujeres madres, mis queridas compañeras. Unámonos, no para celar un hijo, al parecer más valioso, sino para asistir a la intranquilidad social en que se vive, en que han de vivir nuestros hijos, y, por ellos, por su felicidad, llevemos la vida a la simplicidad que requieren los sentimientos, para asistir a la vida universal, sin escuchar el triste código de las tristes críticas que la sociedad va escribiendo, con pulso siempre más tembloroso y tirano, con aliento de muerte, no de vida.

Es necesario que asistamos con más tranquilidad a nuestra misión, sin consultar a nadie, sino a nosotras mismas, ya que ser alguno ha sido jamás honrado, con una misión más difícil, más importante, más estimable: *Ser mujer, ser hija, ser amada, ser esposa, ser madre!*

Me enfría y me ha enfriado siempre, el sentir a una mujer, querer ser hombre, aspirando así, ser feliz, celosa de su libertad. He sentido con tristeza a esa mujer, confusa en su belleza, en su causa, en su fin, y sólo por falta de tiempo y ocasión, no he ido a balbucear en secreto a su oído, las delicias sin fin, de la dicha de ser, de sentirse madre.

Cuántas veces, distraída en detalles de la vida diaria, me he sentido llamar de pronto, por la voz, dulce y enérgica del hijo que espira en su garganta trinando un "mamá" que estremece. He quedado quieta, muy quieta al percibir así como un sentimiento de vida, de bien, de responsabilidad, de acción, en el sentir de esa palabra, simple y compleja: "Mamá".

Cuántas veces, saliendo de ese sopor en que deja ese "mamá" sublime del hijo que llama, me he sentido en todas vosotras, reunidas en un mismo parque, gozando, la compañía y

alegría de los hijos de todos, todos nuestros hijos, cuando se eleva el sentimiento al goce supremo del bien común, anhelado por el mismo bienestar de nuestro hijo.

¿Dónde está el cuadro sublime de nuestra vida?

¿Es la aspiración fantástica de riquezas materiales, o es la adoración silenciosa de la belleza, en el cuadro del hogar, función elevada del amor artista creador? ¡Sentir felices a los suyos! ¡Sentir felices a sus padres! ¡Sentir feliz, enamorado en estimación, al padre del hijo, por el hijo mismo, que busca el modelo en la sangre de su sangre!... Poder decir al compañero de nuestros pasos: Ven, acércate; mira al hijo de nuestro sentimiento. ¿Estás feliz? ¿Soy digna del

hijo que me diste? ¿Soy para él el carácter, la bondad, la severidad, el perdón, el gesto, el acento que él necesita, para adelantar en el tiempo, fuerte y libre, bello y bueno?

¡Sonríe satisfecho! ¿Qué más puedes pedir? ¿Qué más puedes desear?

Y sentid: al mismo tiempo, ¡cuántos cuadros horribles! ¡La madre aquí, el padre allá, más allá los hijos!... ¡Frialdad!... ¡Silencio!... ¡Palabra sin belleza!

¡Oh, mujeres madres! ¡Qué tarea tan bella! ¡Es fuerte! ¡No es fácil!... ¡Mejor aún. Más interesante!

Vamos juntas al cuidado de nuestros hijos. Cuidad vosotras al vuestro y al mío. Yo cuidaré, al mío y al vuestro. Amparémonos, recíprocamente.

Están tristes nuestras calles, llenas de tristes ejemplos. Están débiles nuestras escuelas, llenas de seres confusos. Son egoístas nuestros amigos que nos quieren, exigiendo que cambiemos el placer de escuchar respirar el sueño de nuestros niños, por tertulias nunca tan bellas.

¡Oh, cuadros divinos del hogar! Cuidémoslos con supremo egoísmo: Sol, aire, físico y moral. Amores puros, sueños tranquilos, gritos de niños!

Ellos no necesitan diversiones picarescas, para ejercer sus fuerzas. No los dejemos matarse a ellos mismos, cuidémoslos con dulce severidad, y sea nuestra razón tan fuerte y clara, como para analizarles cada momento de vida, con sus perspectivas en el mañana. No seamos buenas, concediéndoles lo que no debemos concederles. Ellos, serán los primeros en recriminar nuestras faltas de energía, cuando sufran las consecuencias crueles de sus errores.

Que cada hogar sea suficiente para entretener a sus miembros al regreso del trabajo. Las dichas justas son de todos.

¡Oh! ¡Mujeres madres, ayudémonos! Cuidad a mi hijo en la compañía de los vuestros, yo cuidaré los vuestros, en la compañía del mío.

¡Valor, madres! El momento social, es tirano para nuestros hijos. Simplifiquemos las aspiraciones, hagámosles sentir sus bellezas íntimas, sus justos valores, sus justos respetos, sus bellas actividades.

PARA LAS CHICAS

Escuchadme con amor, que con amor os hablo.

Quiero a la juventud, con estimación profunda; la quiero con alegría, necesitándola feliz. La quiero en la juventud, y la quiero en la vejez.

Me desagrada ver niñas viejas; me encantan las viejas niñas, en su bondad, en su alegría, en el respeto del suave amor que sugieren.

¡Cuántas veces abandonada a un reposo material, quedo sintiendo mil bellezas, vivir y hacerme vivir, y despertando *trasparentemente* al sentimiento, con los ojos cerrados, como alejada de

lo inmediato en el espacio, muchas son las veces que os *gozo* a mi lado, chicas queridas, haciendo míos vuestros valores, vuestros cantos y encantos, y así siento de vuestras miradas, la inteligencia en el sentimiento, y escucho de vuestras voces las expresiones de vuestra profunda poesía y quedo en vosotras: enamorada del arte, admirando la Naturaleza, con suspensión de adoración!

Sí, es bella la misteriosa flor que se mece a las caricias de las brisas, sujeta al cuidadoso talle que la sostiene; sí, es bello el pájaro que canta, yendo de de rama en rama lleno de misterios el pecho, misterios que expande en trinos indescifrables; sí, es bello del mar el misterio, en la agitada calma, en que pasea sus olas de poesía, de amor de vida;

¡Qué bella eres tú, niña, que en cada mirada escribes un párrafo siempre expresión de la más inteligente belleza, en su extrema movilidad, en su angelical, pura, sonrisa! ¡Qué *bella* eres tú niña, que en tu misterioso silencio, tanto dices!

Soñándote así, en tu *belleza* íntima, en tu infinito valor, piérdese ante mi vista, tus rizados cabellos, tus delicadas manos, tus grandes ojos: se va tu forma al sentimiento sin forma y sin límites de la belleza suprema.

De pronto, cuando te siento vivir en el mundo social antinatural en que vives, mi mirada va súbitamente a tus pies. Los veo sangrar, pisas *piedras,* llenas de pérfidas puntas, que sin piedad los laceran, y las *piedras* son muchas, y largo, muy largo el camino, y así escucho que *pisas*, sin esperanzas de alivio, y sigues *pisando,* creyendo llegar, y no llegas. El dolor te deshace y tu sangre consume y tu belleza de-

forma, y tu pensamiento enceguece... y así vives muriendo, y así mueres en ¡terrible desesperación!

¡Cuántos dolores te da la sociedad, con sus tiranos llamados; golpes de fealdad, de mentira, que resistes, rindiendo poco a poco tus mayores valores, llegando a una vieja juventud, sin alcanzar joven la serena y tranquila vejez, para dejarla sin miedo, yendo al *infinito en causa de verdad,* en sus inalcanzables razones.

Eres bella, niña querida, aún cuando ¡tus ojos no sean bellos, ni sean bellos tus labios; aún cuando no sea bella tu frente, ni lo sean tus manos, eres siempre bella niña querida!

Queda sola, penetra en ti, escúchate: ¿Eres buena? Te agrada todo lo que es bueno y bello. ¿Quieres mucho, mucho a tus padres, a tus amigas, a todos los seres? ¿Sabes ayudarlos cuando sufren? ¿Sabes reprochar el mal, sabes alejarte de lo impuro, sabes gozar mirando al cielo? ¿Sientes la música con sentimiento de pureza? ¿Sientes útil cada instante de tu vida? ¿Te adormeces rendida por el trabajo y la dicha de trabajar y poder trabajar?...

¡Oh!, niña *querida,* ¿quieres mayor belleza?

Si *quieres* mucho, mucho, serás muy, muy *querida;* si *quieres* la verdad, la verdad te amparará con fuerzas sorprendentes.

Escúchate, siéntete. ¿No te sientes tan infinita como el infinito espacio?

Abandonada así a ti misma, eres siempre buena, siempre bella.

¿El mundo te ataca? Sé fuerte, no te dejes vencer.

La ley es misteriosa, pero es fatal en su recompensa o en su castigo.

Tus encantos naturales son siempre superiores a los artificiales; sin descuidar a éstos, no los exageres. ¡Tantos trajes y tan poco cariño a tu cuerpo que exhibes, haciendo de tu belleza física una aspiración que mata tus verdaderos valores, con el cansancio de sostenerla a fuerza de lo que sea! Cuida el arte de

tu vida. Vive la artista Naturaleza. Ella todo te dará: gracia, encantos, que son de ella, que son tuyos, que no se marchitan, que están en tu sonrisa, en tus movimientos.

¿Cómo te dejas marchitar por atracciones tan falsas?... ¿Cómo no te impones tú, bella criatura llena de luces, llena de amor? ¿Qué aspiras con tanto traje? ¿A quién quieres encantar? ¿A quién quieres enamorar? ¿Por cuánto tiempo quieres que te quieran? Conseguido el hombre de tus falsas aspiraciones ¿qué te pasará? Quieres. ¿Qué quieres?

Cuando sientas un pequeño ahogo, estimable aviso de tus errores, si no es ahogo de dicha, huye de la sociedad,

vete al campo, paséate por sus senderos: Ama las hierbas, ama las brisas, los árboles, las nubes... Ama la distancia, al sol, a la luna. Siente cómo todos ellos te quieren; cómo viven la vida universal; cómo te arrancan tus secretos, para darte felices sus amistades.

¡Ya en ti, busca *querer* para ser más útil, y ejercítate en *querer* en la verdad y en el bien.

Piensa en tu hogar presente; que seas la dicha de tus padres; que tus estimables pasos, y tu sereno juicio, sean la tranquilidad de su vejez y de su muerte.

Aspira a ser una mujer, digna de llamarse hija, esposa y madre.

Estima la *estimación* de tus útiles manos; que todo pase por ellas: que todo sea tuyo.

Hay admiraciones que siembran espinas en el mismo ser que admira; fugaces en el tiempo, negativas en el bien. huye de ellas.

Allí, donde tú estás, cuidando a los tuyos, discurriendo con tus amigos sinceros ¿no lo tienes todo? Trata de penetrarte, de buscar en ti, lo que crees te falta.

Queridísima chica: si quieres ser amada con verdadero amor, *estímate* y exige que se te *estime*.

Cuida tus valores, que ellos te acompañen hasta el momento de morir, que sean ellos *estimación* de la *estimación* de tus hijos, que sean lemas de tus movimientos, que sean la tranquilidad de tu separación.

A NOSOTRAS LAS MUJERES, A LA PATRIA

En el constante sentirme en mi misión, en mis deberes, he sentido con atención a todas las mujeres, escuchando el grito de la Patria:

¡Hijos grandes; hermanos, amigos grandes!

Hombres fuertes de cuerpo y alma.

Hombres capaces de querer, de respetar, de votar!

Patria, identificada en tus exigencias, permíteme gritar tan fuerte como pueda:

¡Mujer, cuida tu Patria!

Quiérela.

Respétala

Sacrifícate por ella.

Clelia G. de Carelli.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014784726